

caba como baluarte contra los retrógados ó refractarios á los principios de progreso y libertad.

Como sucede siempre en toda innovación radical, se declaró el desacuerdo entre varios de aquellos más afectos á Juárez, y algunas disposiciones exigidas por las circunstancias, promovieron seria oposición y frío alejamiento.

No se detuvo el presidente en la senda de reformas; siguió adelante intrépido, y sin reparar en los obstáculos, estableció por ley el matrimonio civil, segundo y certero golpe que arrebatava otro jirón al omnímódo poder ejercido por el clero, á pesar de la ruda oposición de éste y del fanatismo aun muy arraigado en las masas populares.

Arreciaron los contratiempos, y Juárez severo en el cumplimiento de su deber, resistió á los ataques, á las hostilidades, á la falta de recursos, á las victorias de Miramón, y á cuanto se oponía á su propósito, ínterin se ocupaba sin descanso de todo lo necesario á la defensa de Veracruz, que fué declarada en estado de sitio el 21 de Enero de 1860.

Desde el 7 de Marzo al 21, resistió la plaza el ataque de los reaccionarios, y el enemigo se retiró sin haber conseguido resultado satisfactorio, derrotado moralmente, pues su prestigio decaía y se estrellaba ante el grandioso evangelio liberal y la inquebrantable voluntad de Juárez.

«Yo no soy jefe de un partido—decía á los diplomáticos que mediaron para resolver aquella lucha fratricida;—soy el representante legal de la nación. Desde el momento que rompa yo la legalidad, se acabarán mis poderes: terminó mi misión. Ni puedo, ni quiero, ni debo, hacer transacción alguna, porque desde el momento en que la hiciese, me desconocerían mis comitentes, porque he jurado sostener la Constitución, y porque sostengo en plena consecuencia la opinión pública. Si ésta se manifiesta en otro sentido, seré el primero en acatar sus resoluciones soberanas.»

Con la Constitución en la mano, apoyaba todos sus actos, y en 6 de Noviembre de 1860, convocó á elecciones extraordinarias de diputados y presidente de la República.

En algunos combates, habían obtenido ventajas los liberales, y cada día se consolidaban más, á pesar del cúmulo de inconvenientes que surgían y de la división entre las ideas

de Juárez, y las de algunos jefes, que no comprendiendo la proximidad del triunfo, se esforzaban en dar á la política distinto rumbo.

La batalla de Calpulalpam, al derrotar á los reaccionarios, abrió las puertas de la capital á Juárez, al constante sostenedor de las reformas; su entrada, que se verificó el 11 de Enero de 1861, dió margen á brillantes y sinceras demostraciones de regocijo. Victoriosa la noble causa, no podía sin embargo disfrutar de tranquila existencia, ni dar crédito á un futuro de paz y de ventura. Por entonces aparecía ya en el horizonte la nube de la Intervención europea que convertida en deshecha tempestad, descargó más tarde sobre México, asolándolo durante seis años.

Las facciones continuaban en los Estados; reinaba la anarquía y el descontento; los partidos antes que deponer sus particulares opiniones en el altar de la patria, se agitaban para la elección de presidente, otorgando su preferencia á determinadas individualidades como al vencedor de Calpulalpam, Ortega, al sabio Lerdo de Tejada, á Degollado y á Uraga.

El clero que se creía rebajado y odiaba á Juárez, tomaba parte activa en la política y el cuerpo diplomático extranjero, no podía dudar del programa del Gobierno y de sus intenciones cuando el ministro de España, el Nuncio de Su Santidad y los encargados de negocios del Ecuador y Guatemala, recibieron sus pasaportes al propio tiempo que se desterraban del país, al arzobispo Garza y á cuatro obispos.

No es fácil tarea encerrar tan limitable espacio, acontecimientos de tal magnitud y no podrá resaltar en toda su extensión el angustioso estado del país empobrecido por cuarenta años de discordias civiles; desmoralizado en la organización política; combatido por revolucionarios y descontento. La Deuda interior era enorme, la exterior crecidísima y los recursos del Gobierno, muy limitados por haber sufrido las rentas considerable disminución. Solo formándose una idea de aquel caos, podrán apreciarse los méritos de Juárez y la obra colosal de regeneración, que le hizo digno no sólo de perdurable reconocimiento, sino del respeto de nacionales y extranjeros.

Dictó leyes para los ayuntamientos, para la libertad de

imprensa para la prensa y la organización de los poderes judiciales; planes de estudios, proyectos de caminos de hierro, líneas de vapores por el Pacífico; reformas en los asilos, en las cárceles, en los colegios, en la instrucción pública y en tal situación, se aglomeraban los obstáculos, se sucedían los motines, teniendo Juárez, que mandar tropas para sofocarlos.

Los días pasaban y las dificultades crecían: el torbellino de los acontecimientos era cada vez mayor temiendo que el conflicto internacional se resolviera en contra de los liberales y á favor de los conservadores.

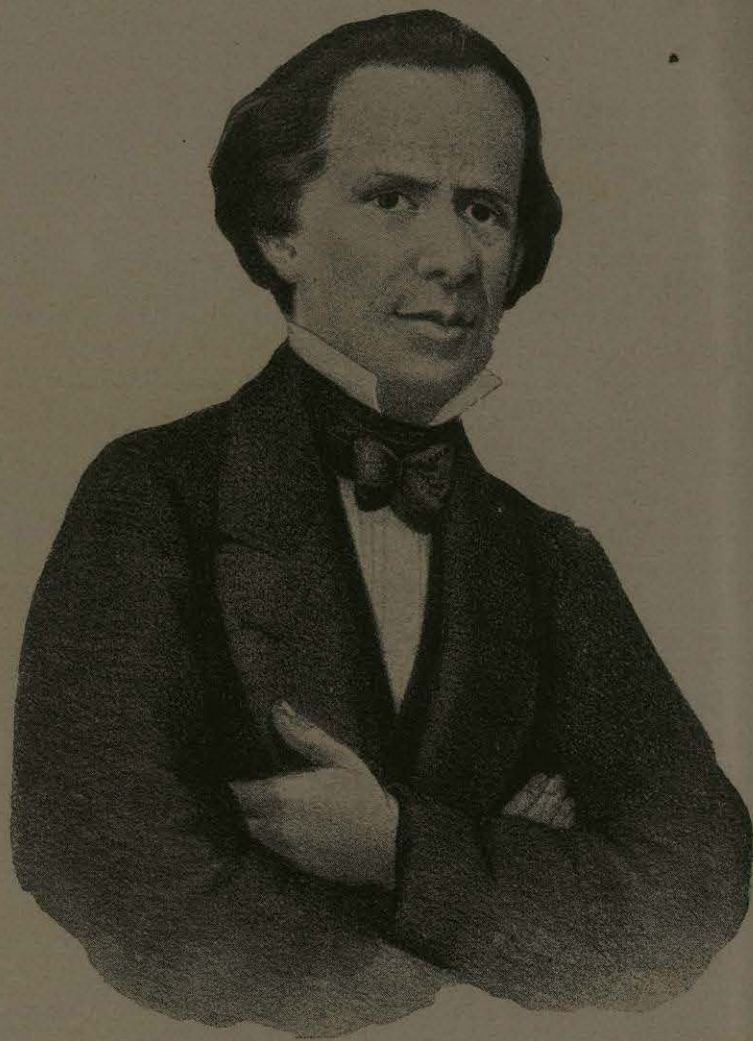
En aquella crisis funesta, en el cuadro de los excesos cometidos por la reacción, uno de los más lamentables fué el asesinato del liberal sin tacha Melchor Ocampo, cometido el 3 de Junio de 1861. Era un sabio y un filósofo; había favorecido con su inteligencia y sus luces, á la sociedad mejicana siendo constante defensor de las libertades y del progreso. «Hablando y no matándonos, decía, es como debemos entendernos.» Su fortuna en su mayor parte, la había consagrado á sostener los derechos y la independencia de su patria, y en la época mencionada, vivía en su modesta finca de Pomoca, consagrado á su familia en el seno de la cual, encontraba el lenitivo á sus amargas decepciones políticas.

En Junio, se presentaron en su hacienda algunos reaccionarios capitaneados por un español, Lindoro Cajiga, los que equivocándose con el señor Eutimio López, tomándolo por el señor Ocampo, lo prendieron: resuelto López, á salvarlo y dispuesto á marchar con ellos, no los sacó de su error, pero al estrépito de la fuerza armada se presentó á ella el que buscaban.

Fuó conducido á Maravatio, vigilado con el mayor rigor y rechazando todo ofrecimiento hecho para conseguir su libertad.

En Tepeji del Río, lo condujeron á la presencia de Marquez, el día 2 de Junio, y el terrible jefe le notificó que al día siguiente sería fusilado.

La grandeza de alma de Ocampo no dió lugar á que su rostro cambiase de expresión, y con mano firme, escribió su testamento: ya en el lugar de la ejecución, agregó su despedida, y reclinándose en el tronco del árbol que le había ser-



Mo. Ocampo

DON MELCHOR OCAMPO
MINISTRO DE RELACIONES EN OCTUBRE DE 1855

vido de pupitre, recibió allí los tiros que pusieron fin á su existencia.

La venganza fué más allá; su cuerpo pocos minutos después, se balanceaba en las ramas del árbol en cuya base, había exhalado el postrer suspiro.

¡Cuántos crímenes se han cometido por el fanatismo político, causante de la muerte de uno de los hombres que más tomaron parte en las reformas y que en sus principios, fué incólume como Juárez! Este crimen cometido por los reaccionarios Marquez y Zuluaga dió la medida de su audacia y don Santos Degollado fué otra de las víctimas sacrificadas por los terribles perturbadores del orden, y el general Leandro Valle, regó con su sangre el Monte de las Cruces, villanamente fusilado por Gálvez y Buitrón.

El 11 de Junio de 1861, proclamó el Congreso como presidente de la República, al ciudadano don Benito Juárez, y si bien el jefe del partido liberal, era el llamado para que con mano firme contrarrestase los males que pesaban sobre el desventurado México, no podía dudarse que poderosas trabas se opondrían al resultado inmediato de sus esfuerzos.

Se multiplicaron las complicaciones. Comonfort se presentó en la frontera; Manuel María Yañez, se alzó en armas en Guanajuato y don Manuel Robles Pezuela, secundando á los revoltosos, aumentó sus esperanzas á pesar de que el denodado general Porfirio Díaz y González Ortega, habían obtenido brillantes triunfos contra Marquez y Zuluaga en Japatlaco.

Juárez, como robusta encina expuesta al choque del huracán, como potente nave combatida en deshecha tempestad, hacía frente á tantos y diferentes elementos, y cuando cincuenta y un diputados, osaron solicitar que abandonara el mando, se consolidó aún más su prestigio por la actitud pública y la que asumieron la mayoría de los Estados, en favor del Gobierno legal.

Don Juan N. Almonte, que apoyaba eficazmente á la reacción y al clero, opuesto á las leyes de reforma y á la política de Juárez, aseguraba que los ejércitos aliados se hallaban próximos á México, y que ellos, darían buena cuenta de los liberales y arreglarían la cuestión satisfactoriamente.

La ley del 17 de Julio, suspendiendo los pagos, inclusive

los correspondientes á la Deuda inglesa y convenciones diplomáticas, había sido el pretexto para que las potencias extranjeras hicieran el tratado del 31 de Diciembre, y la casualidad ayudó á que se llevara á efecto la intervención de Francia, España é Inglaterra.

Viendo Juárez inevitable el choque internacional, tomó algunas precauciones para la defensa, resuelto á sostener la integridad nacional y la bandera de la libertad. El ilustre Lincoln, no era partidario de que los europeos dirimiesen cuestiones americanas, y ofrecía su apoyo á Juárez, á pesar de la guerra que sostenía contra el Sur.

La discordia civil; el país invadido por extranjeros apoyados por ilusos ó por traidores; la Hacienda en bancarrota; las opiniones divididas, aun en el seno de los liberales, que destruían proyectos y sabias disposiciones destinadas á la salvación del país; y éste débil, aniquilado é impotente, ante la prolongada serie de trastornos y de luchas; tal era el triste espectáculo que ofrecía México, al finalizar el año 1861.

Desde el 17 de Diciembre estaba ocupada la plaza de Veracruz por fuerzas españolas al mando del brigadier Rubaleaba, y el general Gasset, esperando la llegada de los representantes de las naciones aliadas, había tomado posesión en nombre de la Reina Isabel II. Juárez, previsor siempre hizo sacar de Veracruz todos los pertrechos de guerra, archivos y cuanto era necesario é importante, consagrándose activamente á organizar ejércitos y prepararse con recursos para combatir al extranjero.

Hemos llegado á la página de oro de la vida de Juárez, á ese período culminante en que su nombre fijó la atención de América y de Europa, y en que su voluntad de hierro, sobreponiéndose á todos los obstáculos, alcanzó el triunfo y excitó el asombro universal. Propalaban los mejicanos, adictos á la Intervención, que ésta era pacífica, y que el país sólo alcanzaría bienes y la tranquilidad deseada. Poco de acuerdo estaba esa opinión con los proyectos que en Europa se fraguaban, tratando en ellos de escoger un monarca para México, imponer una dinastía y alzar un trono en el suelo de los libres.

Prudente y guiado por su recto criterio, aceptó Juárez los pactos que se celebraron en la Soledad, entre los comisarios

extranjeros y el señor Doblado, representante del Gobierno constitucional, reconocido ya para entablar negociaciones que pudieran ser honrosas, y de acuerdo con los principios que sostenía el presidente.

Continuaban llegando tropas francesas, inglesas y españolas, y los reaccionarios hablaban sin rebozo de la monarquía y del archiduque Maximiliano, del apoyo de Napoleón III y de la próxima evolución política que había de efectuarse en México.

No estará de más para futuros estudios de aquella época memorable, dar cabida á la célebre carta del general don Juan Prim, que ya en vísperas de anularse el tratado de la Soledad, dirigió al emperador Napoleón III.

Todos los detalles que se relacionan con la historia y pueden disipar errores, dando mayor luz á los acontecimientos, deben consignarse sin vacilación, llevando por norte la noble y severa misión que se impone el historiador.

Precisamente y en apoyo de aquella trascendental invasión, escribió el general Prim la carta que reproducimos íntegra.

«Orizaba, Marzo 17 de 1862.

»Sire.

»Vuestra Majestad imperial se ha dignado escribirme una carta autógrafa que, por las benévolas palabras que contiene hacia mi persona, será un título de honor para mi posteridad....

»En el terreno de las justas reclamaciones, no puede haber divergencias entre los comisarios de las potencias aliadas, y menos las habrá entre los jefes de las tropas de V. M., y las de S. M. C. Pero la llegada á Veracruz del general Almonte, del antiguo ministro Haro, del padre Miranda y de otros emigrados mejicanos, publicando la idea de crear una monarquía en favor del príncipe Maximiliano de Austria; proyecto que, si se les cree, debe ser apoyado y sostenido por las fuerzas de V. M. I., tiende á crear una posición difícil para todos; y todavía más difícil y embarazosa para el general en

jefe de las tropas españolas, quien, según el tenor de las instrucciones de su gobierno, basadas en la convención de Londres, y casi las mismas que las dadas por el gobierno de V. M. á su digno y noble vicealmirante la Gravière, se vería en el doloroso caso de no poder contribuir á la realización de las miras de V. M. I., si sus miras son realmente erigir un trono en este país para colocar en él á un Archiduque de Austria.

»Tengo, además, Sire, la profunda convicción de que, en este país, son muy poco numerosos los hombres de sentimientos monárquicos; y es lógico que así sea, puesto que el país jamás ha conocido la monarquía en la persona de los monarcas españoles, sino sólo en los de los virreyes, los que gobernaban cada uno según su buen ó mal juicio y sus propias luces, y todos según las costumbres y el modo de gobernar á los pueblos en una época ya lejana.

»Por otra parte, la monarquía no ha dejado en este país los inmensos intereses de una nobleza secular, como aconteció en Europa cuando algunas veces, al impulso de tormentas revolucionarias, se derrumbaron los tronos: no ha dejado tampoco intereses morales, ni nada de lo que pueda hacer que la generación actual desee el restablecimiento de la monarquía que no ha conocido, y que nada ni nadie le ha enseñado á desear ni á venerar. La vecindad de los Estados Unidos, y el lenguaje siempre severo de estos republicanos contra la institución monárquica, han contribuído mucho á crear aquí un odio verdadero contra la monarquía. A despecho del desorden y de la agitación constante, el establecimiento de la república que tuvo lugar hace más de cuarenta años, ha creado hábitos, costumbres, y hasta cierto lenguaje republicano que no será fácil destruir.

»Por estas y otras razones, que no pueden escaparse á la penetración de V. M. I., comprenderá que la inmensa generalidad de la opinión, en este país, no es, ni puede ser monárquica. Si la lógica no bastara para demostrarlo, lo probaría suficientemente el hecho de que, en dos meses que hace que las banderas aliadas flotan en la plaza de Veracruz, y hoy que ocupamos las ciudades importantes de Córdoba, Orizaba

y Tehuacán, en las que no ha quedado ninguna fuerza mejicana, ni más autoridad que la civil, ni los conservadores, ni los partidarios de la monarquía han hecho la menor demostración que pudiese á lo menos hacer ver á los aliados la existencia de esos partidarios.

»Lejos de mí, Sire, suponer si quiera que el poder de V. M. I. no sea bastante para erigir en Méjico un trono para la casa de Austria. V. M. dirige los destinos de una gran nación, rica en hombres inteligentes y valiosos, rica en recursos, y que manifiesta su entusiasmo siempre que se trata de secundar las miras de V. M. I. Será fácil á V. M. conducir al príncipe Maximiliano á la capital y coronarlo rey; pero ese rey no hallará en el país más apoyo que el de los jefes conservadores que no pensaban en establecer la monarquía cuando estaban en el poder, y que piensan en ello ahora que están dispersos, vencidos y emigrados.

»También algunos hombres ricos admitirán un monarca extranjero que llegue sostenido por los soldados de V. M.; pero ese monarca no tendrá quien le sostenga el día que le falte ese apoyo, y caerá del trono levantado por V. M., como caerán otras potencias de la tierra, el día en que deje de cubrirlas y de defenderlas el manto imperial de V. M. Bien sé que V. M. I., movido por su alto sentimiento de justicia, no querrá forzar á este país á cambiar de instituciones de una manera tan radical, si no lo desea ni lo pide el país mismo. Pero los jefes del partido conservador que han desembarcado en Veracruz, dicen que bastará consultar á las clases elevadas de la sociedad, sin ocuparse de las demás, y esto agita los espíritus, é inspira el temor de que se haga violencia á la voluntad nacional.

»La tropa inglesa, que debía venir á Orizaba, y que ya había preparado sus medios de transporte, se reembarcó en cuanto supo que llegaba más número de fuerzas franceses que el estipulado en la convención. V. M. apreciará la importancia de esta retirada.

»Pido mil perdones á V. M. I. por haberme atrevido á someter á su atención una carta tan largá, pero he creído que el verdadero modo de corresponder dignamente á las bondades

des de V. M. hacia mí, era decirle la verdad, y toda la verdad sobre el estado político de este país tal como yo lo comprendo. Al hacerlo, no solamente habré cumplido con un deber, sino obedecido á la grande, noble y respetuosa adhesión que siento por la persona de V. M. I.

»EL CONDE DE REUS, GENERAL PRIM.»

El comisario francés, se negó á nuevas conferencias, y rompió abiertamente el pacto de la Soledad, sin tener en cuenta á los aliados, y como Almonte, se había proclamado jefe supremo interino de la República, llamó á su lado á los descontentos y sublevados, protegido por el general Lorencez, y mientras que el general don Juan Prim ante una Junta de jefes españoles, declaró su hidalgo propósito de alejarse de México, con sus tropas, puesto que los franceses, no seguían la marcha trazada en las bases del tratado de Londres. Juarez, en vista de la actitud decidida de los franceses, y agotados los medios de avenencia, se dirigió á los gobernadores de los Estados, para que pusieran las milicias sobre las armas y pedirles el contingente aprobado, tomando otras disposiciones para sostener la guerra.

En una carta del emperador Napoleón III, fechada en Fontainebleau el 3 de Julio de 1862 y dirigida al general Forey, se transparenta la verdad, la idea genuina de la intervención francesa y al reproducir algunos párrafos, es en apoyo de sucesos, que revisten trascendental interés histórico y que ponen de manifiesto el pensamiento de alta política que impulsaba al monarca francés.

«Fontainebleau, 3 de Julio de 1862.

»Mi querido mariscal.

»No faltarán gentes que os preguntarán por qué vamos á gastar hombres y dinero para fundar un gobierno regular en Méjico.

»En el estado actual de la civilización del mundo, la prosperidad de la América no es indiferente á la Europa; porque es la que alimenta nuestras fábricas y hace vivir nuestro comercio. Tenemos interés en que la república de los Estados Unidos sea poderosa y próspera; pero no tenemos ninguno en que se apodere de todo el Golfo de Méjico, domine desde allí las Antillas y la América del Sur, y sea la única dispensadora de los productos del Nuevo Mundo. Hoy, por una triste experiencia, vemos cuán precaria es la suerte de una industria que está reducida á buscar su materia prima en un mercado único, del cual sufre todas las vicisitudes.

»Si por el contrario, Méjico conserva su independencia y mantiene la integridad de su territorio; si se constituye allí un gobierno estable, con el apoyo de la Francia, habremos devuelto á la raza latina del otro lado del Océano su fuerza y su prestigio; habremos garantizado su seguridad á nuestras colonias de las Antillas y á las de la España; habremos establecido nuestra bienhechora influencia en el centro de la América; y por medio de esta influencia, abriremos inmensos desembocaderos á nuestro comercio; y nos procuraremos las materias indispensables para nuestra industria.

»Regenerado Méjico de este modo, nos será siempre favorable, no sólo por reconocimiento, sino también, porque sus intereses estarán de acuerdo con los nuestros, y porque hallará un punto de apoyo en sus buenas relaciones con las potencias europeas.

»NAPOLEÓN.»

Por entonces, dimitió el señor Doblado, creando un nuevo conflicto en aquella aglomeración de sucesos de tan inmensa trascendencia: en el cielo sombrío y amenazador, sólo un punto había brillante, puro y luminoso: aquel en donde, como un gigante, se elevaba la figura de Juarez, en torno del cual, agrupábase la mayoría de los mejicanos decididos á morir, antes que perder su autonomía.

El Congreso, cometió un gravísimo error: en tan críticos momentos suspendió á Juarez las facultades omnímodas que

México. Tomo II.—19

tenía, y como la sorpresa fué grande y el temor era mucho, por lo numeroso del ejército invasor, se vió precisado el cuerpo legislativo á devolver al presidente los poderes de que le había privado.

Ya los franceses habían medido sus armas con los mejicanos el 5 de Mayo de 1862 en Puebla, en donde el héroe de aquel día memorable fué el general Zaragoza, para el cual, el amor patrio era una religión. En 1861, habíase incorporado al ejército de Oriente, que á la sazón mandaba el general Uruga, sin que le desviarán de su poder el gravísimo estado de salud de su esposa y á la cual no volvió á ver más.

El héroe del 5 de Mayo, legó á la historia mejicana una página sin par.

En Barranco Seco, tuvo lugar un combate reñidísimo: allí pelearon hermanos contra hermanos, los traidores con los leales, siendo estos últimos derrotados por el auxilio que fuerzas francesas prestaron á Marquez y á los suyos. Las cumbres de Aculzingo fueron teatro de otra batalla, también contraria á las armas de los liberales, pero no por eso desmayaban en el azaroso camino.

Puebla, estaba sitiada: el general González Ortega la defendía vigorosamente, y sus tropas disputaban el terreno formando trincheras con sus cadáveres; el enemigo abrasaba con su artillería, y ya se había apoderado del fuerte de San Javier; los edificios se convertían en cenizas; la falta de víveres hacía más angustioso el estado de los sitiados. Juárez, deseando romper el cerco de la ciudad, convino con el general Comonfort—quien, al tratarse de guerra extranjera se había puesto como bueno al servicio de la patria,—el modo de auxiliar á los sitiados; pero derrotado por los franceses, dejó en poder de éstos hasta los víveres que conducía á Puebla.

La defensa era ya imposible. González Ortega, y sus valientes tuvieron el supremo dolor de entregar la plaza al enemigo.

El patriotismo de Juárez, su espíritu firme, su digna actitud, ni variaron, ni decayeron ante aquel nuevo desastre.

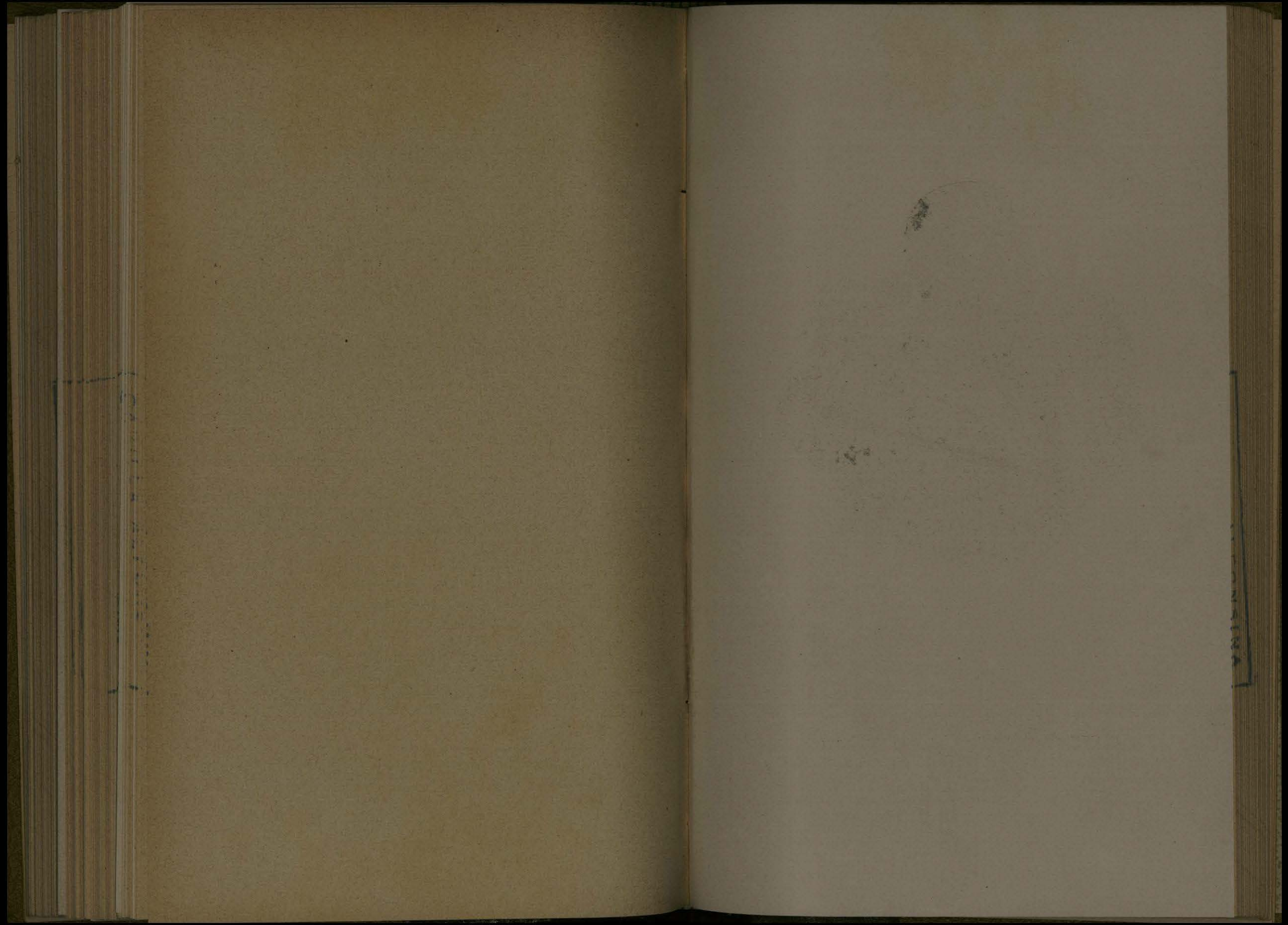
En el distrito federal se suspendieron las garantías constitucionales, se organizó la defensa de la capital, y el jefe del

Estado, hizo saber en elocuente proclama, que jamás aceptaría ninguna proposición de paz hecha por los franceses.

En Mayo de 1863, decretó el Congreso la traslación del Gobierno á San Luis de Potosí, por creer imposible la defensa de México, y el señor Juárez, acatando esta determinación se dirigió al punto designado; desde allí procuró alentar el decaído espíritu, fortalecer el entusiasmo patrio y transmitir el sublime fuego, que le impulsaba á la temeraria resistencia.

En Diciembre, salió para el Saltillo y Monterey, en cuyo punto se había sublevado el gobernador Vidaurri: destituido por Juárez y odiado por el pueblo, huyó y fué á encontrar protección entre los invasores.

Los ministros y el presidente, permanecieron en Monte-Rey hasta Agosto de 1864, y en aquella época, atacada la ciudad por los mejicanos al mando de Quiroga, hubo Juárez, de buscar nuevo asiento para el Gobierno, en Chihuahua, sin que durante aquella peregrinación, descuidara nunca la defensa, organizando tropas y ocupándose constantemente de la administración.





Fernando Maximiliano

FERNANDO MAXIMILIANO
ARCHIDUQUE DE AUSTRIA Y EMPERADOR DE MÉXICO
Desde 1864 hasta 1867

El Emperador Maximiliano de Austria

Convertida la tempestad política en deshecho temporal, perdida la esperanza que halagaba y sostenía al partido de la reacción en México, habíase llevado á efecto el propósito de Intervención, apoyado por el Emperador Napoleón III, que soñaba con una monarquía creada por él, en el risueño y rico suelo mejicano.

Propicio á sus deseos y tal vez deslumbrado por el esplendor de una imperial corona, aceptó el noble archiduque Maximiliano la oferta hecha por los comisionados de aquella lejana tierra, que al presentarle el acta, le afirmaban ser llamado por unánime voto popular, para pacificar la República mejicana y cimentar el gobierno monárquico, base de estabilidad y de orden.

Era el joven príncipe por extremo ilustrado, entusiasta, soñador y por sus brillantes estudios, un marino de elevadas aptitudes.

Nació en el histórico palacio de Schœnbrun, el 6 de Julio de 1832, y precoz en la niñez descolló por su clarísimo talento y su laboriosa condición, ventajosamente demostrada en la primera enseñanza y en las sucesivas y complicadas manifestaciones de su capacidad intelectual.

Viajó mucho; recorrió Europa; exploró el litoral de Albania y Dalmacia y con una escuadra, fué á Palestina, llevado por la poética atracción de la legendaria é histórica comarca, donde palpitan los recuerdos y las hermosas tradiciones, consagradas por la fe y por la religión.

En Grecia, buscó las huellas de los patricios insignes que ofrendaron su vida en el altar de la libertad y más tarde, al volver á Europa y visitar Bélgica, sintió latir su corazón, cautivado por los atractivos morales y físicos de la princesa Carlota Amalia hija del rey Leopoldo y celebradas sus bodas, continuó sus viajes, acompañado entonces por las ilusiones y la felicidad.

Poco después le confirió el Emperador Francisco José, el mando supremo en la marina, y el político militar en el reino Lombardo Veneto.

Maximiliano atraído por la situación pintoresca que ocupa el castillo de Miramar, lo eligió para su residencia, y en él vivía, cuando en Julio de 1863 se presentaron en el castillo los notables que solicitaban su aceptación para el trono de México.

Privadamente dió su beneplácito, y esperó que la Asamblea confirmase el acta para emprender viaje hacia aquella tierra americana, que se le ofrecía como segunda patria, con la diadema, que podría ceñir á la hermosa frente de la princesa Carlota.

La idea de fundar dinastía en el país de los Aztecas, en el antiguo imperio de Moctezuma y Cuahutemoc, le sonrió sin duda, y renunciando sus derechos al trono de Austria, celebró una convención en Miramar, con Napoleón III, ultimando las bases, condiciones y plazo, para la permanencia de las tropas francesas en México, adquiriendo compromisos de dinero, cuando aun ignoraba la situación del país y lo precario de la Hacienda.

La fragata «Novara» condujo al archiduque y á la archiduquesa á las playas mejicanas, donde le recibieron las autoridades de Veracruz y el general Almonte, llegado con retraso, á quien Maximiliano por un decreto había nombrado lugarteniente.

No escasearon las ovaciones, esas ovaciones que no son la genuina demostración de un pueblo, sino aquellas que se prodigan á los altos poderes por un partido, ó por los más interesados en ocultar la realidad, bajo el falso oropel.

En todo el tránsito, recibieron el mismo aplauso y aun salieron á recibirlos en lujosos carruajes, bellísimas mejicanas y numeroso pueblo.

En México, fué el palacio de Chapultepec, el que los soberanos eligieron para su residencia imperial.

Los abusos cometidos por los franceses, las ejecuciones frecuentes de pacíficos mejicanos á quienes se consideraba como facinerosos, hizo que el Emperador Maximiliano, decretara amnistía por delitos políticos, siendo base aquel paso, para que los franceses se tornaran casi en enemigos de Maximiliano.

Desde luego, no pudo contar el joven Emperador con la popularidad, ni con la confianza pública, influyendo, algunas de las disposiciones, que aumentaban en mucho los gastos gubernamentales en un país que todavía para el monarca era un libro cerrado, pues que ignoraba por completo las condiciones características, el estado general de adelanto, el gran influj que para todo tiene el clima, y las causas que poco á poco, y á través de grandes acontecimientos, habían llevado á México, hasta el extremo de la Intervención.

En un viaje que efectuó al interior, prohibió se hicieran gastos para su recibimiento lo que por cierto no se obedeció, y tuvo el acierto de celebrar en el pueblo de Dolores, el aniversario de la Independencia.

Se pretendió por los partidarios del Imperio, fusionar los partidos que por entonces concentraban sus fuerzas únicas en Oaxaca, á las órdenes de Porfirio Díaz aun cuando toda la nación estaba bajo el dominio de las guerrillas auxiliares por los propietarios á pesar de que los jefes franceses, les imponían castigo, porque no les daban noticia de las marchas ni de los puntos á donde se dirigían, ni de la suma de fuerzas republicanas.

Tuvo Maximiliano poco acierto en su plan político y sobre todo en los primeros pasos, que le separaron del partido conservador el que precisamente le había dado el trono, al in-

clinarse á los liberales moderados, establecía una barrera por extremo peligrosa y difícilísima de salvar.

Quería Maximiliano tolerancia de cultos, que el clero fuese pagado por el Estado, é introdujo otras innovaciones, contrarias al espíritu de conciliación y á las ideas que debían ser base de la monarquía recién establecida.

Las fuerzas austriacas que en 1865 llegaron á Veracruz, se dirigieron á Jalapa, no sólo por ser clima más saludable, sino también para estar alejadas de las francesas.

Poco á poco, se iba estrechando el círculo imperialista y agrandándose infinitamente el republicano. Al disolver los cuerpos auxiliares y otras fuerzas, se privó el Emperador de un elemento propicio importante, creándose con ello pertinaces y encarnizados enemigos, y hasta el alejamiento de Marquez, fué medida en contra del Emperador.

Los franceses habían tomado á Oaxaca haciendo prisionera á la guarnición, incluso en ella al general Porfirio Díaz, y como los imperialistas alcanzaron algunas victorias concibieron la esperanza de una próxima pacificación.

Además nuevas providencias desconcertaban al país, tal como fué la venta de bienes de manos muertas, que se hicieron válidas aceptando Maximiliano toda la responsabilidad á pesar de la actitud, de las protestas del arzobispo y los obispos, y contrario en todo, á las ideas de aquellos hombres que en Miramar, le ofrecieron la corona.

Maximiliano, uniformó la moneda nacional; señaló las atribuciones de los departamentos ministeriales; organizó el cuerpo diplomático; puso en vigor la ley de fueros; reglamentó los delitos de imprenta y creó la Academia Imperial de Artes y Literatura.

El asesinato de Lincoln, en la noche del 15 de Abril, tuvo gran influencia en la política mejicana, y cuando ya habían vuelto á reconocer los Estados Unidos, á don Benito Juarez como presidente legal.

Poblaciones y poblaciones se sublevaron contra el Imperio, y algunas volvieron á poder de los republicanos, mientras que el Emperador triste, desalentado y enfermo, recorría las haciendas, los campos y valles, como para saturarse en otra atmósfera y robustecerse contra las amarguras que

le producían los aliados franceses y las rémoras que encontraba á su paso, pues hasta las serranías le eran hostiles, ocupadas por numerosos indígenas, perenne amenaza de varios departamentos.

Los Estados Unidos, habían asumido una actitud verdaderamente alarmante para el Imperio, y el presidente Johnson, no admitió las cartas imperiales de pésame, por la trágica muerte de Lincoln.

El jover soberano, fuerte con su limpia conciencia, amante de las glorias de los héroes de la Independencia, hizo celebrar solemnemente el 16 de Septiembre y levantar una estatua al insigne Morelos. Engañado tal vez intencionadamente por el ejército francés, publicó un manifiesto el 2 de Octubre de 1865, en el cual aseguraba que el presidente Juarez, «había salido ya del territorio mejicano, que todos los hombres honrados se habían agrupado alrededor de la bandera imperial, y que solamente mantenían el desorden algunos jefes descarriados, la parte desmoralizada y la soldadesca sin freno, que fué siempre el residuo de las guerras civiles: de hoy en adelante, decía, la lucha será entre los hombres honrados de la nación y las gavillas de criminales y bandoleros; cesa ya la indulgencia que sólo aprovecharía al despotismo de las bandas, á los que roban y asesinan á ciudadanos pacíficos, á niños, ancianos y á mujeres indefensas; el gobierno, fuerte en su poder, será desde hoy inflexible para el castigo, puesto que así lo demandan los fueros de la civilización, los derechos de la humanidad, y las exigencias de la moral.»

Los principios establecidos en esta proclama, fueron ratificados en un decreto dado al día siguiente 3 de Octubre, facultando á las Cortes marciales á juzgar á todos los que hubieren pertenecido á partidas armadas, no importa cual fuera su organización ó los derechos que alegaran, constituyendo en jueces de los prisioneros á los jefes de las tropas imperiales, teniendo derecho de sentenciarlos á muerte antes de las veinticuatro horas.

Estaban también sujetos á la ley aquellos dueños de fincas ó propiedades de campo, que no dieran aviso al paso de las partidas ó prestaran asilo.